

LA SOMBRA DE RAQUEL/ANIKO

– Te vas a volver loca.- me decía una voz en mi interior, lejana, irreconocible.

Tanta luz, tanta luminosidad en tonos blanquecinos me resultaba insoportable. De donde vengo, en los meses de verano el sol no se pone nunca y los días parecen extenderse hacia el infinito camuflados por una luz verdiazul cegadora y esa inconfundible sensación de extrañamiento. Ya desde pequeña, esos tonos azulados me inquietaban, pero con el paso del tiempo se fue volviendo inaguantable. Busqué una ciudad gris en Europa, y escogí Edimburgo por su pintoresco encanto y porque había sido la ciudad de Arthur Conan Doyle. Con la mayoría de edad, conseguí una beca para estudiar en la universidad de Edimburgo y me matriculé en Estudios culturales.

En aquella antigua ciudad de piedra gris oscura me sentía segura. Casi nunca había suficiente luz, incluso en los días soleados en que la gente ocupaba masivamente los parques, el sol parecía demasiado tímido e irradiaba una luz clara nunca demasiado brillante. Podía mirar directamente al sol y ni siquiera me hacía daño a los ojos. Sonreía.

Durante los primeros años viví en varias casa de estudiantes, hasta que en el último curso de carrera mi amiga Fiona y yo encontramos un maravilloso apartamento en Warrender Park Terrace. Estaba situado frente a los Meadows, con vistas exclusivas del castillo desde el amplio salón. No lo dudamos ni un segundo y aquél piso se convirtió en nuestro hogar. Al acabar la carrera Fiona se mudó a Manchester y Gosia pasó a ocupar su habitación.

En mi segundo año de doctorado, tras dos años de convivencia, Gosia trata de explicarme su inesperado y urgente regreso a Polonia entre sollozos y palabras mientras saco magdalenas de vainilla del horno. Gosia se marcha dos semanas después dejando un halo de misterio y un agridulce recuerdo tras de sí, mientras yo me entretengo en buscar nueva compañera de piso. Pongo un anuncio en Gumtree.

Se alquila habitación mediana con cama doble en amplio y moderno piso en zona Marchmont, junto a los Meadows. Para compartir con estudiante de doctorado y gato gris.

Dos estudiantes hippies de primer año y un actor argentino después, apareció ella. Raquel. Melena castaña ondulada y ojos marrón miel. Todo sonrisas y palabras dulces. Y

para ser de Madrid, tenía un perfecto inglés. No sabía cuánto tiempo se quedaría en Edimburgo, pero aseguraba que serían más de seis meses, así que no lo dudé más y dejé de buscar.

En seguida, y casi sin darme cuenta, Raquel se convirtió en mi sombra. Cuando tenía libres las mañanas, ella se quedaba mirando mientras yo hacía las tareas de casa. Miraba cómo fregaba, cómo ponía lavadoras y colgada ropa. No dejaba de mirar cómo limpiaba el baño y su cabeza asomaba por la puerta cada vez que abría el horno para sacar galletas, pastas o tartas. Al principio pensé que era curiosidad cultural, tal vez un excesivo interés por adaptarse a mis costumbres cotidianas. Tal vez, y solo tal vez, en su tierra se hicieran las cosas de esa *manera*.

Las semanas que libraba por la tarde se ofrecía a acompañarme al supermercado, a Correos, al Forest Café... hasta llegó a apuntarse a la piscina municipal para venir conmigo a nadar. Para cuando me quise dar cuenta, estaba en mi cama, en mi ducha, estaba en todos los ámbitos de mi vida y estaba en mi cabeza. Así volvió la misma sensación de extrañamiento que sentía de pequeña al ver esa luz...

Llevaba días pensando qué hacer al respecto. Hasta que de golpe, a finales de septiembre Raquel se esfumó por motivos que no me pudo explicar. Su marcha tan inesperada y repentina me llevó a pensar en la posibilidad de que nunca había existido. O al menos no fuera de mi cabeza.

Intentando huir de estos pensamientos, decidí salir de fiesta. Llamé a mi amigo Gogs y nos fuimos a una *rave* en un bosque de las afueras. Necesitaba desconectar. Romper la rutina. Escapar(me) yo también durante unas horas. Horas en las que ni el tiempo, ni Raquel, ni la luz importarían. Conexiones cósmicas y *breakbeats*. Conocí a un tipo yanqui llamado Nick que estaba de paso en la ciudad. Me perdí a su lado en el bosque y descubrí que la oscuridad era de una tonalidad marrón, algo amarillenta. Lo más parecido al sentido de la responsabilidad lo empecé a recuperar más 32 horas después, en casa de una gente con la que estaba Nick, en la zona de Toll Cross, no demasiado lejos de mi propia casa. Me despedí y caminé despacio, aireándose, haciendo un repaso mental de todo lo que tenía que hacer en cuanto me recuperara.

Antes de atravesar la puerta del edificio, Nick me mandó un mensaje algo críptico, pero

simpático al móvil.

Al llegar a casa, Raquel me estaba esperando. Había vuelto. Era real. Estaba ahí, presente, sentada en la mesa de la cocina. O quizás mi obsesión la hubiera hecho materializarse. Sentía un extraño deseo de tocarla, de comprobar que estaba ahí de verdad. Sin embargo, me controlé y conseguí escapar rápidamente a mi habitación. Me metí directamente en mi cama XL y tapada con mi edredón de estampado de leopardo, pude disfrutar de 12 ininterrumpidas horas de sueño en soledad.

Varios días después hablé con ella. Le dije que le apreciaba muchísimo, pero que necesitaba mi espacio, que no podíamos hacer todo juntas a todas horas. Así, por fin, pude recuperar *mi vida*. Salía a correr sola por las mañanas, atravesaba los Meadows hasta casa de Gogs que aprovechaba a sacar a pasear a su perro temprano, pedeleaba sola hasta la universidad, me zambullía en la piscina (y al contacto con el agua repasaba los límites físicos de mi propio cuerpo) y empecé a quedar con Nick por las noches y nos recorríamos los pubs del centro hasta Leith Walk.

Raquel me esperaba cada día en casa, en la mesa de la cocina. A veces había preparado tortilla de patatas, típico de su tierra, o traía alguna buena cerveza para que compartiéramos. El día en que le dije que estaba embarazada me propuso que hiciéramos una excursión a Arthur Seat. A pesar de mis sugerencias de llamar a Gogs, Nick y algunas amigas mías, terminamos subiendo allí arriba las dos solas.

Aquél fue uno de los días más soleados que recuerdo en Edimburgo. Ese día, en aquel lugar, no sé si por el vino especial que trajo Raquel, o por la confusión que llevaba encima (en cualquier caso, me niego a culpar a las hormonas) tras enterarme del embarazo, la luz adquirió un tono blanquecino que devenía azul verdoso. Allí estábamos las dos, el vino, y la ciudad a nuestra merced. No sé si por el alcohol en vena o por el subidón de adrenalina (ah no, que esto es una hormona...) aquella luz cegadora me resultó cálida y reconfortante y decidí que quería interrumpir el embarazo. Por primavera vez, no tuve ninguna duda de que Raquel era real, y de carne y hueso.

Meses después, cuando las noches comenzaban a hacerse demasiado largas, Raquel se marchó. Cogió sus cosas y regresó a su ciudad natal. Curiosamente, sin Raquel cerca ya no sabía quien era yo/ella.

- Te vas a volver loca.- me decía una voz en mi interior, lejana, irreconocible.